

esta ciudad á Portugal. Así fracasó el movimiento de Castilla la Vieja, de gran solidez, y que cumplía los deseos de Prim, que eran, no hacer una revolución, sino un cambio de situación política, pues habiéndole hecho su amigo Muñiz, que fué uno de los principales agentes para preparar el movimiento, observaciones de los inconvenientes y dificultades que podía ocasionar tanto movimiento en los cantones, y cuánto mejor era la concentración de fuerzas tomando la iniciativa la capital, contestó: «Tiene usted razón, pero temo que la mezcla de paisanos y soldados, haga perder á éstos la disciplina y me tiren el trono por el balcón; del otro modo me pongo á las puertas de una capital sublevada moralmente, con fuerzas superiores á su guarnición; la Corte se rinde y cuando el país se aperciba del pronunciamiento, ya tiene un Gobierno que sin sangre ni disturbios, ha verificado el cambio político.»

Y dijo después: «que impulsado por el amor á la patria y á la libertad había iniciado una revolución política destinada á salvar la propiedad y la familia de la tremenda revolución que las amenazaba.»

Una casual coincidencia imposibilitó el movimiento del regimiento de Burgos, que acababa de llegar á Madrid procedente de Valencia; y al ser conducido aquella mañana por el brigadier duque de Gor, mandó Rada, que había sido su coronel y disponía del regimiento, á decir á don Joaquín Aguirre, que desde donde estaba el cuerpo, afueras de la Puerta de Toledo, se encontraba dispuesto á dar el grito, tomando posesión del barrio de aquel nombre; pero no se podía aceptar la oferta en aquel momento por falta de noticias de los demás cuarteles, ocupados ya por los generales de la confianza de O'Donnell, que imposibilitaron la ejecución de los planes concertados, aprovechando aquellos generales el tiempo que perdieron los que más interés tenían en ganarlo.

Aun se hicieron esfuerzos en la tarde del 3 al entrar en Madrid la brigada de Alcalá.

El comité progresista, declarado en sesión permanente y mudando todos los días de casa, no cesó de buscar y tratar con los comprometidos en Alcalá, de lo cual estaban encargados los mismos que habían trabajado con tan poca fortuna; afanábanse también en incitar á la guarnición de Madrid Palacios, Lagunero, Hidalgo, Gaminde, De Blas, Montejo y todos cuantos tomaban parte en aquel pronunciamiento; mas todo se estrelló ante la negativa del comandante de Isabel II que era la base.

El movimiento efectuado con algunas fuerzas de Alcalá, en Molina de Aragón, no favoreció mucho á sus iniciadores, y fué origen de lamentables fusilamientos.

Los Merinos en Despeñaperros, Escoda en el Priorato, ayudado por Sagneta, Huguet, Martín de la Tecla y otros, y Ortega, Floria y Rayo en Aragón, levantaron partidas que, con más ó menos fortuna, duraron poco.

Apresurada la constitución del Congreso, que se efectuó el 4 de Enero, se disolvieron todas las asociaciones políticas y mostróse enérgico O'Donnell contra los sublevados, no queriendo recordar que Prim no había hecho más que lo que él hizo en 1854, y aun andado por los mismos sitios, sin más diferencia que á O'Donnell le salvaron los progresistas y á Prim no le ayudaron.

El malestar general era evidente: si el Gobierno había restablecido el orden material, estaba cada día más perturbado el moral: nada se hacía para quitar á la revolución su razón de ser: se asustaba O'Donnell de la libertad, y á la vez que rechazaba la investidura de dictador, imposible en una monarquía constitucional, pedía á las Cortes siete autorizaciones para que en todo el tiempo que mediase entre aquella legislatura y la siguiente, pudiera aumentar el ejército y la armada, legislar sobre los presupuestos y sobre la deuda, y hacer frente á las dificultades que preveía.

Y no eran éstas pequeñas. Prim había dicho que no había terminado su obra, que no se consideraba vencido, y se reanudaron los trabajos de conspiración, contando con los demócratas.

También se aprovechó el resentimiento de los sargentos de artillería con los oficiales de colegio que habían hecho revocar la disposición de Córdova que les permitía ascender dentro del cuerpo hasta comandantes.

Un incidente estuvo á punto de acabar con los trabajos que se hacían y sacar á los progresistas del retraimiento. Don Nazario Carriquirri que, dada su posición, no obraba por sí seguramente, deseó conocer la disposición con que el partido progresista recibiría un Ministerio moderado, sin Narváez, que disolviera las Cortes, y abriendo el parlamento electoral, llevara á él á los progresistas. Celebróse una conferencia en casa de don Manuel Cantero, á la que asistieron Carriquirri, Ruiz Zorrilla y Muñiz, y se acordó admitir un Ministerio Lersundi, que daría una amplia amnistía, disolvería las Cortes, rectificándose las listas, y daría seguridades de legalidad en las elecciones. Contento se

mostró Carriquirri de tal acuerdo, y no lo quedaron menos los progresistas, que preferían el poder por medios legales á los revolucionarios; pero se frustró esta transacción, porque O'Donnell, que siempre veía en Lersundi un sucesor, le confirió la capitania general de Cuba. Esto produjo además tanta perturbación en el partido moderado, al que estaba afiliado Lersundi, que don Alejandro de Castro le significó bien claro su resentimiento, pues al aceptar el mando de la gran Antilla abandonaba á su partido.

Continuaron los progresistas sus trabajos de conspiración, y formó Prim un plan estratégico, cuya base de operaciones estaría en Miranda de Ebro. La iniciativa del movimiento debía partir de Valladolid, cuya ciudad se pronunciaría con toda su guarnición. Los jefes del regimiento de caballería de Albuera, que estaba en Palencia, resolvieron permanecer firmes en sus puestos y obedientes al Gobierno; «pero si se pronuncia la guarnición y la ciudad de Valladolid, dijeron, entonces, y antes de pasar por la vergüenza de que los sargentos se nos lleven la tropa, reconocemos y nos ponemos á la orden de la junta». También se contaba con la guarnición de Burgos, excepto con los lanceros de Numancia, mas como sólo tenían lanzas se pensó reducirlos poniéndoles una compañía de cazadores en los balcones que dominan al cuartel. En Bilbao, Vitoria y San Sebastián se disponía igualmente de las fuerzas necesarias.

Expuestos á Prim estos datos, dispuso que Valladolid iniciara el movimiento, tomando el mando el brigadier Rosales, acudiendo allí para el 20 de Junio, Gaminde, Lagunero y Escalante: las fuerzas de Burgos secundarían el anterior movimiento poniéndose en comunicación con Miranda para mantener las comunicaciones con Vitoria. Prim, que estaría el mismo día 20 en Hendaya, acudiría con las fuerzas de Irún y San Sebastián sobre Vitoria y Miranda, y si la ciudad alavesa no había obrado como ofreciera, marcharían sobre ella las tropas de Burgos, ocupando todo el material del ferrocarril. En un tren especial debía ir Muñiz con la guarnición de Zamora á ocupar á Ávila, desguarnecida, y sin apagar los hornos de las máquinas, observar desde la sierra lo que ocurriera en Madrid, y volar, en caso extremo, las obras de fábrica del ferrocarril para dar á Prim tiempo suficiente de concentrar y organizar sus fuerzas, para lo cual necesitaba lo menos tres días.

Mientras este plan se disponía, estuvo á punto de ser descubierto por la actividad que mostró el

gobernador civil señor Gallostra; pero no lo consiguió, ni lo revelaban los papeles ocupados á don Toribio Balbuena, que fué sumido en un calabozo.

Moriones acudió desde Zaragoza á Madrid á organizar el pronunciamiento con su guarnición, y «es maravilloso, nos dice uno de los principales autores de aquellos sucesos, lo que hizo en la organización de todas las fuerzas, pues aunque le ayudaban oficiales y sargentos, Muñiz, el cura Alcalá Zamora y otros, él solo llevaba la dirección admirablemente bien, y con pulso y gran reserva.» Contándose hasta con muchos cabos y soldados, ninguno faltó al secreto. Los sargentos estaban todos comprometidos, entendiéndose Moriones con una representación de los más caracterizados y llevaba por separado las relaciones con jefes y oficiales de los mismos cuerpos, sin ponerlos en comunicación con los sargentos, sino con uno en cada cuerpo, excepto en artillería, en que Hidalgo no vió á ningún sargento hasta pocos días antes del 22 de Junio.

Habiase pensado efectuar el movimiento el 20 de Mayo, pero lo denunció un oficial, fueron los de artillería á sus cuarteles, recorrieron exacerbados las cuadras tirando la ropa de las camas de los sargentos, que estaban dormidos, lo cual tranquilizó á los jefes y oficiales, cuya tranquilidad habría cesado si les hubieran registrado y encontrado los revolvers que en gran cantidad tenían y que á ellos, como á todos, les habían sido entregados por Moriones pocos días antes.

Esta visita irritó á los sargentos de tal modo, que algunos quisieron sublevarse en seguida. Suspendióse el movimiento, se hicieron algunas pocas prisiones de militares, y Moriones, que se opuso á aquella suspensión, lo designó para el 5 de Junio, dos días antes de que regresara la Corte de Aranjuez con fuerzas contrarias á la revolución.

Iban á efectuarse también relevos que la perjudicaban; y el expresado día 5 daba el servicio de plaza el regimiento de Burgos, que se proponía poner en libertad á sus compañeros y jefes presos en San Francisco, cuya guardia se comprometió á ello.

Rivalidades de algunos directores de los trabajos, prosigue el historiador de estos sucesos, á quien vamos siguiendo, impidieron que se ejecutara el concertado plan para aquella noche, y Moriones fué destinado por Prim á organizar el pronunciamiento de Valencia, lo cual produjo tal disgusto en los sargentos, que no quisieron tratar con el sujeto que se les presentó, diciendo que no eran demócratas

y que mientras no se les presentara un progresista importante nada harían, rechazando los empleos que se les ofrecían por no ser el interés el que les impulsaba. Presentado Sagasta, dijéronle en el acto: «Ahora cuando usted mande; sólo le pedimos que cuando se dé la orden, no haya después contraorden, porque el secreto puede peligrar, puesto que tenemos que contar anticipadamente con muchos cabos y soldados».

Los elementos dispuestos por la revolución en Madrid, quedaron reducidos á los cuatro regimientos de artillería, si había quien sacaba el 1.º montado; unos trescientos hombres del Príncipe; un teniente valeroso y bastantes sargentos en Asturias, pero ninguno capaz de arrestar en sus pabellones á los jefes y oficiales; los de Burgos que estaban presos, obtuvieron la libertad, haciéndoles salir inmediatamente de Madrid, separándose á los que habían quedado en el cuerpo; la caballería casi toda era contraria, así como los regimientos de ingenieros y de cazadores; y si en el de Isabel II, que estaba en Leganés, se podía fundar alguna esperanza, no era muy sólida. No tenía seguridades de éxito la revolución en Madrid: la impericia de los que habían sustituido á Moriones era evidente; podían ser notabilidades políticas, pero fueron nulidades revolucionarias.

Sospechando el Gobierno que algo se tramaba en Castilla la Vieja, envió á Burgos al general Caballero de Rodas, que fué en el mismo tren que algunos de los conspiradores. Después de algunas peripecias se dispuso la revolución en Castilla para el 23 y la de Madrid para el 22, para donde acudió el general Pierrad, que se hallaba desterrado en Soria; pero este señor desconocía en absoluto los elementos con que se contaba.

Los sargentos de artillería, según habían convenido, iniciaron la insurrección al amanecer del 22. No pudiendo sorprender dormidos á los oficiales que estaban en el cuarto de banderas, pues no querían matarlos, se decidieron á sorprenderlos despiertos, apuntándoles con las carabinas á la voz de *el que se mueva es muerto*. Al despertar sobresaltado el teniente Martorell, cayó atravesado de un balazo. Trabóse una lucha horrible, hallaron honrosa muerte dignos jefes y oficiales, y libres los sublevados dispusieron de unas treinta piezas de artillería y sobre mil doscientos hombres. Uniéronse bastantes paisanos armados, situáronse piezas en lo alto de la calle de Fuencarral, plazuela de Santo Domingo y calle de Preciados, para apoderarse del Ministerio de la Gobernación donde

había de establecerse el Gobierno provisional, y la resistencia que hallaron en la guardia del Principal frustró este intento.

Los generales Serrano y O'Donnell obraron activos. Las piezas disponibles en el cuartel de artillería en el Retiro las envió el duque de la Torre á la Puerta del Sol; el coronel Camino venció á los que defendían los cañones que atacaban al Ministerio de la Gobernación, apoderándose de ellos y de cincuenta prisioneros, y reunidas las fuerzas de la guarnición y convenientemente situadas por el general Zavala las que fueron llegando á Palacio, se atacó al cuartel de San Gil, sosteniéndose más de dos horas el fuego de cañón y fusilería, con grande ardimiento por una y otra parte.

Del batallón del Príncipe sólo se reunieron á los sublevados unos cuarenta hombres, por haber contrarrestado el coronel y algunos oficiales los esfuerzos de los sargentos que intentaron arrastrar todas las fuerzas. De ellas necesitaba O'Donnell, pero como ocupaba el cuartel de la Montaña del Príncipe Pio, y estaba obstruido el camino directo, con el fuego que se hacía desde algunas casas, no se podía ir á él directamente, y dando un gran rodeo fué el duque de la Torre. Contó con la decisión de aquella fuerza, y con toda la que ocupaba el cuartel de San Gil, con orden de penetrar en él oportunamente; al hacerlo cuando más arreciaba el ataque, se trabó en el interior un combate difícil de describir.

Arrollados los insurrectos en el piso bajo por el fuego y las bayonetas de los soldados del Príncipe, se refugiaron en el principal, donde volvió á trabarse nueva pelea, que se reprodujo en el segundo. Vencido allí el grueso de los insurrectos, todavía algunos de los más tenaces resistieron en las bohardillas hasta sucumbir ó ser prisioneros. En quinientos se calculó el número de éstos y en más de cien el de los muertos.

La insurrección militar estaba vencida, y la civil que se ostentó temida en varias calles auxiliada por algunos artilleros, defendió bien las barricadas precipitadamente construídas; pero fueron conquistándolas las tropas del Gobierno, no sin sostener en muchos puntos reñidos combates.

Aun se sostenía la insurrección en los barrios del Sur, contra la que cayeron tres columnas, marchando por diferentes direcciones: sostuvieron ruda pelea en las calles de Segovia, Toledo, Plazuela de la Cebada, del Progreso y de Antón Martín, y quedaron vencidos los insurrectos en este último baluarte, contando bastantes muertos, heridos y prisioneros.

No pudo estar peor dirigida la insurrección. Pierrad, Contreras é Hidalgo, que como militares tenían la principal responsabilidad, quisieron estar en todas partes, arriesgaron mil veces su vida, y no pudieron dominar el desorden que se inició desde el primer momento.

Acertada, á la vez que peligrosa, fué la resolución de O'Donnell de combatir la revolución por partes, atacándola primero en San Gil, después en toda la zona del Norte y últimamente en la del Mediodía; y aunque, como hemos dicho en otro lugar, los pronunciados pudieron aprovechar este tiempo para emprender los ataques que les conviniera, se limitaron á estar á la defensa en las barricadas y algunas casas, y ¡había miles de paisanos armados! Estos supieron batirse y morir, exclamando oportunamente un actor en aquellos sucesos: «Inútil alarde de heroísmo, sacrificio sin objeto, que el pueblo ha olvidado por fortuna de aquellos que habían adquirido gravísimos compromisos arrastrándole á la pelea, compromisos que eludieron en el momento crítico, dejando los unos de presentarse, retrayéndose otros, mostrando poca energía, poca actividad y gran torpeza, ó huyendo cobardes algunos otros.»

El desastre que la revolución sufrió en Madrid, frustró el pronunciamiento preparado en Valladolid. Efectuóse en Gerona el regimiento infantería de Bailén; pero después de andar extraviado por las vertientes del Pirineo, se refugió en Francia.

En otros puntos ni aun se intentó la sublevación; y Prim, que se había acercado á Hendaya, al verlo todo perdido, regresó á París. No permitiéndole el Gobierno francés residir en Francia, se refugió en Bélgica.

Completo el triunfo del Gobierno, lo ensangrentó con 66 fusilamientos, muriendo algunos sargentos perfectamente inocentes, pues estando para cumplir, rehusaron tomar parte en la sublevación, se quedaron en el cuartel donde fueron hallados, y como sublevados los sentenció el Consejo, que no dió muestras seguramente de imparcialidad ni aun de cumplir con su deber en tan solemnes circunstancias.

Secundaran ó no elevados deseos, aun había menguados palaciegos que pedían más ejecuciones, haciendo decir á O'Donnell: «¿Pues no ve esa señora que si se fusila á todos los soldados cogidos, va á derramarse tanta sangre que llegará hasta su alcoba y se ahogará en ella?»

Y razón tuvo O'Donnell á ser ciertas estas palabras, porque tantas y tales fueron las demasías

cometidas posteriormente y la sangre derramada, que efectivamente arrastrado por ella, dos años más tarde, se hundía el trono de doña Isabel II.

El pago que obtuvo el general O'Donnell después de haber vencido una insurrección tan formidable, fué el obligarle indirectamente á que presentase la dimisión, y tal fué su justa queja que juró no pisar más el real palacio mientras reinase D.^a Isabel.

Narváez, uno de los que tal vez contribuyeron más á la caída de O'Donnell, fué el que obtuvo el encargo de la Reina para formar nuevo Ministerio, quedando por entonces en suspenso todos los trabajos revolucionarios, puesto que la política del nuevo Gabinete era liberal y conciliadora.

Como aquella política de tolerancia no podía continuar, no tardaron en mostrarse las intransigencias por varios individuos del Ministerio, obligando á los revolucionarios que habían salido de sus escondites, á la precipitada emigración protegidos por el mismo González Bravo, al par que eran fusilados en Barcelona los desgraciados oficiales Mas y Ventura, comprometidos en los anteriores sucesos.

Aquel Gobierno que se llamaba constitucional adoptó una serie de medidas tan reaccionarias, dictó una ley de orden público tan poco humanitaria, que dejaba muy atrás á las que en el campo carlista adoptara en Octubre de 1835 el intransigente Mazarrasa, siendo aquella extremada situación de fuerza, la que indudablemente despeñó al Gobierno.

Suspendiéronse las sesiones de aquella legislatura; quedó completamente anulada la imprescindible intervención de la prensa en la administración pública; la contribución que debía ser satisfecha en cuatro plazos, decretóse fuese pagada en dos, y se recomendó la persecución de cuanto fuera contrario á las instituciones.

Tales medidas adoptadas, unidas á la crisis metálica que se dejaba sentir por todas partes, dieron lugar á la paralización de los trabajos, á la retracción del comercio y de la industria y al cierre de gran número de tiendas cuyos dueños no podían pagar el anticipo que se les exigía.

En semejantes circunstancias y lejos el Gobierno de aflojar la cuerda que ahogaba por momentos al país productor, la apretaba más y más, publicando en diferentes poblaciones bandos terroríficos contra los propaladores de noticias; se suspendieron los Ayuntamientos y Diputaciones provinciales; se modificaron de Real orden leyes hechas en Cortes, y otro enérgico y memorable bando del ge-